

RAZA: MÚLTIPLES MIRADAS

Módulo 1: Racismo y Xenofobia

Sesión 1: ¿Existen las razas? Introducción al debate

Este documento de trabajo aborda los siguientes textos:

- López Beltrán, Carlos (2000-2001) “Para una crítica de la noción de raza”, en Ciencias. Revista de la Facultad de Ciencias, UNAM, México, núm. 60-61, octubre-marzo, pp. 98-106.
- Restrepo, Eduardo y Rojas, Axel (2010) “La idea de raza”, en Restrepo y Rojas, Inflexión decolonial: fuentes, conceptos y cuestionamientos, Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar, Universidad del Cauca, Maestría en Estudios Culturales Universidad Javeriana, Popayán, pp. 115-130.
- Wade, Peter (2014) “Raza, ciencia, sociedad”. Interdisciplina, Racismos, Núm. 4, Vol. 2, pp. 35-62.

En él presentamos extractos, comentarios y resúmenes de tres textos en los que la idea de raza es abordada en forma crítica. Cabe mencionar que el trabajo de Carlos López Beltrán se centra en cuestionar el uso del vocablo ‘raza’ para identificar poblaciones humanas. El capítulo de Eduardo Restrepo y Axel Rojas es una revisión genealógica de la noción de ‘raza’ en algunos autores adheridos a lo que se conoce como la “inflexión decolonial”. Por último, el artículo de Peter Wade se centra en resaltar cómo pese a los cambios históricos a los que se ha sometido el concepto “raza” desde el siglo XVI, en la actualidad, los discursos científicos de genetistas e investigadores de genómica de poblaciones siguen sosteniendo explicaciones que naturalizan procesos sociales, es decir que sostienen que lo cultural se puede explicar por lo biológico.

Recuerda que estos textos están disponibles en la plataforma en esta sesión 1.1 como “lecturas recomendadas”.

En “Para una crítica de la noción de raza”, Carlos López Beltrán señala que la palabra raza genera más confusiones y malos entendidos que aciertos y certezas. Hace un rastreo etimológico del término, en el que muestra lo confuso de su origen, señalando que puede tener diversas procedencias, y que puede incluso estar vinculado con la noción latina de ratio, lo que lo acercaría a la idea de “razón”.

López Beltrán establece que antes del siglo XVIII el vocablo tuvo dos acepciones: una referida a la genealogía humana derivada de estirpe y otra referida a la tipología animal. Explica: “No eran rasgos físicos en un principio los que determinaban la pertenencia a la raza, sino los parentescos” (p. 99).

Durante la Ilustración, en un afán científico por clasificar el mundo biológico, las acepciones arriba mencionadas se fusionaron para generar un sistema clasificatorio de la realidad natural. Sin embargo, advierte López Beltrán, a la pretensión rigurosa de las ciencias se adhirieron los viejos prejuicios. Esto pavimentó el camino para el pensamiento racial del siglo XIX, que estaba fuertemente centrado en una caracterización esencialista de las diferencias biológicas existentes entre los seres humanos. Para autores de esa época como los naturalistas Blumenbach y Buffon o el filósofo Kant,¹ según los cuales en el mundo había cinco razas: la caucásica o blanca, la asiática o amarilla, la africana o negra, la malaya o aceitunada y la americana o roja, de las cuales la primera estaba en la cúspide del desarrollo de las capacidades físicas, intelectuales y morales de los seres humanos.

¹ Johann Friedrich Blumenbach (1754-1840) fue un naturalista, médico, psicólogo y antropólogo alemán, su pensamiento racial contribuyó a establecer la idea de que la humanidad se dividía en cinco razas: blanca/europea, negra o africana, asiática o amarilla, malaya o aceitunada y roja o americana. George Louis Leclerc, conde de Buffon (1707-1780) fue un naturalista, matemático y botánico francés del periodo de la ilustración. Immanuel Kant (1724-1804), fue un filósofo prusiano de la ilustración alemana y de suma importancia para la posterior dialéctica hegeliana.

Fue tal el peso de estas opiniones en la ciencia natural y el pensamiento sociopolítico de la época que a partir de fines del siglo XIX y hasta la caída del nazismo (1945), la noción quedó “impregnada de un sentido que insiste en la diferencia de un modo esencialista y determinista” (p. 100), que a su vez inevitablemente conforma el ser de las personas.

De acuerdo a López Beltrán, la polémica entorno al tema se divide en dos debates:

- Un debate científico que involucra a antropólogos físicos, demógrafos y científicos naturales dedicados a la genómica de poblaciones, así como a otros campos de la ciencia; sobre la existencia o no de una realidad biológica para la categoría “raza” en la humanidad.
- Un debate popular, acerca de si tiene o no utilidad la clasificación humana bajo este criterio. A este respecto, el autor indica que de la resolución del primer debate dependerá el que las posiciones del segundo adquieran mayor fuerza argumentativa.

López Beltrán señala que en ambos debates “la pregunta es si existen subespecies (razas) descriptibles, por cúmulos de rasgos (genes y su expresión fenotípica) estables, típicos, constantes, de modo que, dejando de lado híbridos incómodos, a cada individuo corresponda uno y sólo un sitio en la clasificación” (p. 101). Esta pregunta refiere también a los avances de la ciencia genética, en la que, a mayor capacidad de acercamiento, más inestable resulta el concepto de raza.

Sin embargo, aún existen científicos que abogan por la pertinencia de sostener el concepto ‘raza’ como el que realmente puede dar cuenta de la variabilidad de la población humana. Añade que, si bien es útil dividir y subdividir la realidad para amoldarla a modelos explicativos, no hay que caer en generalizaciones que asuman como reales las categorías utilizadas en la investigación, o que ignoren el carácter estadístico de sus muestreos. De proceder de esta manera, el análisis asumiría como conclusión lo que es una premisa, implicaría partir de un argumento

tautológico que se basa en lo “evidente” para reforzar como conclusión lo que se plantea como hipótesis (que la humanidad se conforma en razas biológicas), y la investigación perdería así el enfoque crítico y reflexivo necesario para el rigor del conocimiento científico. Señala que los científicos (y para el caso refiere a T. Dobzhansky²) que abogan por mantener el concepto no caen en cuenta que “su utilidad es respaldar lo preconcebido”. Es decir, que en la elección de propiedades con las cuales se busca definir qué es la raza (y los ejemplos que pondera son el coeficiente intelectual, la propensión a la violencia sexual, la poligamia, la acumulación de testosterona en los varones), se cuelean los sesgos que de antemano están delimitando la realidad en parcelas para que, al ser rellenas, den existencia a las razas.

Así lo plantea el autor: “La idea central es que la variación génica no se agrupa en paquetes discretos (candidatos a llamarse razas), sino que se dispersa como un gradiente en el que definir una frontera es siempre una arbitrariedad” (p.103). Con esto apunala su argumento de que “raza” no corresponde a un sustrato biológico real y menos a una unidad de la evolución. Dichas fronteras ficticias pueden graficarse como un mapa de climas, el cual por ser descriptivo carece de capacidad explicativa.

La ciencia genética se está inclinando hacia omitir el concepto raza por carecer de rigor suficiente para explicar la variación humana. Por ejemplo, éste no logra explicar cómo es que entre dos individuos de la “misma raza” podremos encontrar mayor variación génica que si comparamos a dos sujetos de “distintas razas”. El problema, entonces, reside en qué elementos de variación se están considerando. Una vez más, los que abogaban por mantener en uso el concepto caen en lo “evidente”, las características físicas visibles, cuando la ciencia ha ido más allá:

² Teodosius Dobzhanski (1900-1975) fue un biólogo evolucionista y genetista de origen ucranio después radicado en los Estados Unidos, autor de la síntesis evolucionista moderna.

“La inmensa mayoría de los caracteres humanos son invisibles y sólo definibles a través de los estudios biológicos, fisiológicos o moleculares” (p.104).

Sintetizando: para López Beltrán es momento de desterrar la noción de raza de la explicación de la variación humana. Los genetistas que coinciden con esta postura procedieron en su momento a mapear el genoma de diversas poblaciones de la especie humana, con el fin de, entre otras cosas, mostrar hasta qué punto hay variabilidad genética en el seno de cada grupo tradicionalmente llamado “raza” y concebido como genéticamente unificado.

Como lo muestra el artículo de Natalie Angier en El País, al año siguiente de la publicación del artículo de López Beltrán, el mapeo del genoma humano confirmó que el concepto raza aplicado a la humanidad es inviable. Sin embargo, López Beltrán advertía en ese momento había (y sigue habiendo) “científicos interesados en privilegiar la superficie fenotípica y en usarla como fuente de criterios clasificatorios, que de ese modo siguen abierta o implícitamente afectados por las nociones heredadas, esencialistas de raza” (p. 105). La biología ha dado al traste con esas nociones inestables, reconociendo que entre especie e individuo es difícil establecer fronteras claras y sobre todo duraderas.

Por lo tanto, López Beltrán es defensor de eliminar el vocablo, que “[...] se torna grave cuando se transporta el sentido de raza hacia el espacio donde se dirimen las identidades culturales, nacionales, tribales” (p. 106). Para él, sostener el concepto a pesar de los hallazgos científicos recientes y a lo que éste ha llegado a construir a nivel ideológico y político puede ser considerado casi criminal.

Para Eduardo Restrepo y Axel Rojas, la idea de raza y su vinculación con el racismo son esenciales en la corriente teórica de la inflexión decolonial. Estos autores

hicieron un seguimiento de esta noción en diversos autores adscritos a esta corriente.

El primero es sin lugar a dudas Aníbal Quijano, pionero en el enfoque decolonial, varios de cuyos textos Restrepo y Rojas analizan, ya que en ellos se asigna a la raza un peso considerable en el comportamiento de la colonialidad/modernidad. En aras del espíritu sintético con que se elabora este documento de trabajo a continuación nos abocaremos a las conclusiones a las que ellos llegan.

Según Restrepo y Rojas, Quijano ve tres momentos de la “raza” como constructo ideológico surgido de la conquista de América y de la configuración de nuevas identidades.

- El primer momento se da en el siglo XVI, y es encarnado por la Controversia de Valladolid, entre Fray Bartolomé de las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda. En dicho debate, plantean los autores, la “raza” remite a diferencias en la “naturaleza biológica” de los americanos que explican diferencias en sus capacidades mentales y culturales. Sí, hay algunos anacronismos e imprecisiones en el trabajo de Quijano que los autores señalan y critican.
- El segundo momento se configura en el siglo XVII, cuando la noción de raza se analiza en clave de sinónimo de mito fundacional de la modernidad; es decir, que en la escala del desarrollo histórico de la humanidad hay pueblos más bárbaros y otros más civilizados, siendo Europa el referente ideal de la civilización. Además, en este momento, debido a la colonización europea de África, se empieza a construir a la “raza” como sinónimo de color de piel.

- El tercer momento se da en el siglo XIX, con la sistematización de las teorías raciales al estilo de Arthur de Gobineau³. En ella, los individuos y colectivos humanos quedan agrupados y son analizados bajo la idea de que Europa va por delante cumpliendo con los ideales morales, físicos, intelectuales y culturales de toda la humanidad, mientras que los otros grupos humanos se alejan irremediabilmente de este ideal porque son primitivos, degenerados y menos humanos.

El segundo autor revisado por Restrepo y Rojas es Walter Mignolo, para quien “la ‘raza’ es más un asunto de categorización de individuos en relación con un paradigma de humanidad, que de color de piel o pureza de sangre” (p. 123). Mignolo apoya la idea de que a mayor cercanía o lejanía con el humano ideal europeo, mayor o menor grado de civilización tiene una “raza”. Para él, esta escala surge de concepciones occidentales cristianas en el siglo XVI, y el noema sería, “no eres como yo, y por eso eres inferior”. Es decir, la diferencia es vista como desigualdad civilizatoria. Y aunque aún no aparece el concepto “raza”, la delimitación de la escala, el criterio, es siempre físico: “Son los rasgos físicos, de sangre primero [en el siglo XVI] y piel después [desde el XVIII hasta el XIX], los que constituyen la especificidad de las distinciones raciales” (p 124).

Mignolo, escriben Restrepo y Rojas, habla de que la raza funge como una clasificación epistémica, centrada en la etnia, caracterizada por la lengua, la cultura y otros atributos; así como clasificación ontológica, centrada en la sangre y en la herencia. Con el paso del tiempo, señalan Restrepo y Rojas, “El racismo se apropia de ambas categorías para articular sus prácticas discriminatorias hacia grupos subalternizados que son racializados” (p. 124). Entonces, para Mignolo el racismo tiene un alcance más amplio que la “raza”, pues en él quedan insertos

³ El conde Joseph-Arthur de Gobineau (1816-1882) fue un etnólogo, escritor y diplomático francés quien elaboró una teoría de determinismo racial que tuvo enorme influencia en las posteriores elaboraciones de teoría racial.

otros marcadores de clasificación como lo pueden ser la lengua, la religión, los conocimientos y hasta las entidades geopolíticas.

Santiago Castro-Gómez es analizado rápidamente por Restrepo y Rojas, sólo para lograr entender los cruces que él, en su lectura de la colonialidad del poder establece con Aníbal Quijano y Enrique Dussel, para quien, en la modernidad temprana no sólo se construye una superioridad étnica de unos hombres sobre otros, sino también de unos tipos de conocimientos sobre otros.

El cuarto autor reseñado por Restrepo y Rojas es Nelson Maldonado Torres de quien destacan, sin profundizar, su concepción de la “colonialidad del ser”. Para Maldonado Torres, es indispensable considerar los procesos de deshumanización y dispensabilidad en la racialización de los subalternos. Confluye con Quijano en que la conquista de América produjo una reconfiguración de las identidades existentes, sugiriendo que se creía que “algunas identidades denotan superioridad sobre otras. Y tal grado de superioridad se justifica en relación con los grados de humanidad atribuidos a las identidades en cuestión.” (citado en p. 126).

Entonces, para Maldonado Torres la esencia de la raza es la deshumanización de los contruidos como subalternos. Ahora bien, si el concepto cambia de significado con el paso de los siglos “se puede hablar de una semejanza entre el racismo del siglo XIX y la actitud de los colonizadores con respecto a la idea de grados de humanidad” (citado en p. 126). Es decir que, para este autor, el fenómeno de racismo científico y la raza de la primera modernidad pueden ser analizadas como “expresiones explícitas de una actitud más general y difundida sobre la humanidad de sujetos colonizados y esclavizados” (ambas citas, en p. 126). Maldonado Torres concreta la noción de heterogeneidad colonial, como la existencia de diversas formas de construir otros otros, ante los cuales el sujeto colonizador establece una actitud de sospecha permanente; de escepticismo sobre su condición o posibilidad de condición humana. Y el autor vincula lo anterior con un ethos: la actitud imperial.

Otro autor analizado es Ramón Grosfoguel, a quien le reconocen su capacidad de seguir los análisis de Quijano, bajo un filtro de análisis perteneciente a Immanuel

Wallerstein. Para Grosfoguel, a quien leeremos en otro momento del diplomado, “raza y racismo son constitutivos del capitalismo global”, no su agregado. Son su estructura, aquello que lo constituye y lo hace funcionar. Además, los autores destacan el énfasis que Grosfoguel pone en cruzar la dimensión racial con otras como la sexualidad y el género, para afirmar que la noción de “raza” articula, organiza, cruzada por el género y la sexualidad, a la división internacional de trabajo y al sistema patriarcal global.

Por último, los autores siguen a Walsh, de quien comentan que en sus textos queda establecido que la primera raza es la indígena, a la que posteriormente, conforme avanza el capitalismo mercantil y la colonización africana, se suma la negra. Así pues, para Walsh la relación de raza con color es posterior a la construcción del indio como otro, y surge también de la autoconciencia europea de ser distinto, lo que conduce a pensar que, tras la creación del negro, por contraste, sigue la creación de la raza blanca. Desde el lugar de enunciación europea, piensa Walsh, raza no es entonces sólo fenotipo, sino son facultades humanas: “ser, saber, razón, humanidad” (Walsh citado en p. 129). Este sistema clasificatorio es “central a la universalización de la civilización capitalista –incluyendo la explotación del trabajo–, a la modernidad en sí, a la formación de las sociedades ‘nacionales’ emergentes criollo-mestizas y al mismo proyecto de Estado-nación” (Walsh citado en p. 130).

Para Peter Wade es necesario abordar la genealogía del concepto raza, debido que “a veces la palabra misma no aparece, pero las ideas asociadas con ella sí

parecen estar presentes” (p. 36). Esto aplica tanto para periodos anteriores al “racismo científico” del siglo XIX, como a los posteriores a la segunda guerra mundial, y al siglo XXI.

Es en el tránsito del siglo XVIII al XIX cuando “la idea de raza se consolida alrededor del cuerpo, la naturaleza y especialmente la biología” (p. 36); una idea que sigue teniendo un fuerte asidero hasta la fecha.

De acuerdo a una cronología clásica, el concepto raza surge con fuerza en el siglo XIX, consolidándose en forma cada vez más determinista hasta la irrupción del nazismo y del uso de las teorías raciales para el desarrollo de políticas genocidas. Desde entonces hay una suplantación del concepto raza por el de población, etnicidad o cultura, dependiendo de la rama del conocimiento (ciencias naturales o sociales) o del contexto nacional.

Sin embargo, señala Wade, aún con su caída en desgracia a partir de la segunda mitad del siglo XX, “el racismo persiste, usualmente dirigido hacia las mismas personas que conformaban las razas ‘biológicas’ de la era anterior” (p. 37), lo cual nos permite hablar ya no de racismo biológico, sino de racismo cultural. Aun así, añade, la biología sigue jugando un papel importante en la comprensión del concepto “raza”. Es más, con el auge de la ciencia genética y de la lectura del genoma humano, “vuelve a surgir un interés en la biología de la diversidad humana, entendida en términos de ‘ancestría genética’, estructurada biogeográficamente en una pauta continental que a veces asemeja [sic] las viejas ‘razas’” (p. 37). Esto, dice Wade, porque pese a los desplazamientos conceptuales, sigue ejerciéndose una naturalización de lo biológico y de lo cultural, y en dicha naturalización, se cuela el pensamiento racial.

Reseñando brevemente la emergencia del concepto “raza”, a partir del siglo XVIII y hasta inicios del XX, Wade señala sus componentes centrales: la apariencia, el linaje y la sangre, y el medio ambiente. Dichos factores se aglutinan con los procesos históricos del colonialismo y la expansión de la civilización capitalista

européa para incidir directamente en el cuerpo. Así, en una visión de larga data, Wade nos señala que el concepto de “raza” existe desde el siglo XVI, pues ya existen sus componentes de diferenciación mental-corporal y físico-moral en contextos de dominación y jerarquización social, entendidos como el vínculo de “un complejo de herencia y medio ambiente” (p. 41). Es decir, que se establece una relación indisociable entre biología y cultura, misma que hasta hoy pesa sobre el concepto. Sin embargo, nos advierte el autor, la definición no es estática y cada uno de sus componentes ha mutado en su significado al paso del tiempo: “si vamos a proponer un concepto de raza para esa época, hay que estar muy atentos a lo que significa cuerpo, naturaleza, sangre y herencia, además de entender ideas contemporáneas sobre el comportamiento, la moral, la virtud y el honor” (p. 41).

La raza no es un concepto homogéneo, consensado por la comunidad científica, ni siquiera en la época del “racismo científico”. Es un concepto siempre debatido, aunque asumido como punto de partida para entender el mundo, pues “raza” a fines del siglo XIX “era la clave intelectual para pensar la diferencia humana a nivel global” (p. 41). De ahí, no solo el peso que se le atribuye a la anatomía comparada, sino el impacto que se le confiere a ésta en la literatura, la música, la filosofía, etc.

Lo que le interesa a Wade es destacar cómo en las teorías raciales se pueden poner en juego dos corrientes dispares:

- La flexible en torno al impacto del medio ambiente en los cuerpos, es decir, lo que hoy se conoce como la teoría de la “herencia blanda”, modificable a través del medio ambiente, y cuyo precursor es Lamarck con su teoría de los caracteres adquiridos, y
- La inflexible que reivindica el peso determinista de una biología tipológica. Es decir, lo que hoy se conoce como la teoría de la “herencia dura” de carácter biológico hereditario.

Wade busca mostrar cómo el impacto del medio es utilizado, en ambas teorías para argumentar a favor de un ejercicio del poder que dirija a la población hacia

su “saneamiento”: esto es la eugenesia, o en su defecto, la degeneración racial. En la “herencia blanda” se supone que el poder del estado puede imponer nuevas condiciones que saneen el medio ambiente de su población, por ejemplo mediante la educación. En cambio, en la “herencia dura” el poder del Estado busca contener la reproducción o aislar de la sociedad elementos considerados perniciosos.

En la teoría es expresada esta tensión en términos de un ejemplo propuesto por Wade: “El racismo se encuentra tanto en la idea de que el trópico y los nativos pueden contagiarle al blanco con la degeneración racial como en la idea de que los nativos son inferiores y los blancos superiores, por siempre y por su naturaleza inmutable” (p. 45).

Durante el siglo XX, el concepto hegemónico de raza caerá en desuso y perderá legitimidad, añade Wade. A esto contribuyen las aportaciones de:

1. Charles Darwin quien desestima el concepto de tipo racial “permanente y fijo”, al establecer procesos de adaptación de las especies;
2. Franz Boas, quien por un lado demuestra que las variaciones del cuerpo se dan de generación en generación y no son inmutables, pero por otro aboga por una separación conceptual de biología y cultura;
3. El ascenso y derrota del nazismo y su genocida política eugenésica. Aunque, para Wade, posteriormente a la caída del nazismo, este desplazamiento de lo biológico hacia lo cultural no logra dejar atrás “elementos biologizantes y naturalizantes en el concepto de raza de posguerra” (p. 47). Es decir, incluso con el surgimiento de nuevas técnicas y procesos de construcción de conocimiento, la raza se cuela en las explicaciones, en la construcción y en el uso de categorías que se ponen en juego para establecer los procesos genéticos de diferenciación de la diversidad humana.

Sin embargo, paradójicamente, el auge de la genética y de la secuenciación del genoma humano, que tuvo lugar 55 años después de la caída de Hitler, y que

redujo la diversidad humana al 0.1% de nuestros genes (en 30 millones de polimorfismos), no logró evitar que –como lo explicaba líneas arriba López Beltrán,– muchos genetistas se sigan centrando en la diferencia genética para hablar de razas humanas, aún si la palabra no aparece en su discurso porque es suplantada por “el concepto biogeográfico de población” (p. 48); un concepto que, nos dice Wade, permite la persistencia de la racialización, si bien de manera velada.

En el discurso popular, existe lo que Wade denomina “congruencia parentesco-raza”, es decir, la creencia de que la apariencia de una persona puede y es explicable a partir de su familia. En resumen: “el concepto raza termina siendo un ensamblaje complejo de elementos de la cultura y de la naturaleza, elementos tan entrelazados que no es fácil ver dónde termina uno y empieza otro.” (p. 52)

Las percepciones raciales se han ido complejizando, añade Wade. Por ejemplo en contextos como el latinoamericano donde la cultura a veces pesa más que lo corporal: “sobre todo porque la diferencia entre un mestizo y un indígena se construye en términos del idioma, el lugar de residencia, la ropa, etcétera, y no en términos del cuerpo” (p. 52). Lo anterior no implica, aclara, que el cuerpo no sea importante, pero los discursos raciales se expanden hacia otros marcadores que fuerzan a que el análisis considere los propios caminos que la “raza” ha seguido en distintos contextos. Por eso, para comprender las tensiones entre biología y cultura en el análisis de la “raza”, argumenta el autor: “es importante que tengamos un abordaje que capte la flexibilidad de la biología, que no la considere a través del reduccionismo genético, como algo solamente determinista, y que aprecie cómo la biología y la cultura se entrelazan” (p. 55).

Porque para Wade, hay condicionamientos sociales que repercuten en los cuerpos, pero que de ninguna manera deben considerarse como biológicos. Por ejemplo, la forma en la que el estrés de vivir en una constante opresión racial desarrolla en la población afroestadounidense tendencias a la hipertensión arterial, o, para el caso de México (aunque no es un ejemplo expresado por Wade), la dieta

precaria basada en grasas saturadas y de altos contenidos de glucosa, que puede repercutir en el alto índice de diabetes en la población.

Es decir que, actualmente, la biología entiende a la variación genética entre poblaciones humanas, lo que antes se llamaba “raza”, “como durable pero no fija; una vez que la práctica se sedimenta en el cuerpo y se vuelve como una segunda naturaleza adquirida, no es fácil cambiarla; pero tampoco está el cuerpo determinado sólo por una biología inmutable” (p. 56). La “raza” subsiste, entonces, a través de los giros culturalistas o genéticos, en la naturalización de las condiciones ambientales que afectan a los procesos biológicos, sin una reflexión crítica de las formas y contextos en que ambiente y biología interactúan.

En conclusión, Wade señala: “Ya sabemos que el pensamiento racial opera en parte a través de la naturalización, de representar como naturales fenómenos que son culturales. Pero si entendemos que la naturaleza –por más que se presente superficialmente como algo fijo- también es vista como algo mutable, y que la frontera entre la naturaleza y la cultura –por más que se presente como definitiva- también tiene cierta permeabilidad, entonces podemos captar la constante necesidad, en sistemas donde opera el racismo, de vigilar las diferencias y las jerarquías sociales y de reiterar la actuación de las mismas” (p. 56-57).

Sólo considerando las naturalizaciones racializadas de fenómenos culturales, podemos abordar el tema racial y el concepto raza como una construcción en la que se busca hacer confluir biología y cultura. Sólo entonces, continúa Wade, se nos hace evidente la necesidad de desmontar dicha confluencia, de desestabilizar la “raza”, con el objetivo de argumentar que esos indicadores naturalizados no son fijos, y que si bien han perdurado por considerables periodos, pueden ser revertidos. (p. 57).